

Crisis y cambio, ¿es la hora de la sociología? Conferencia inaugural del XI Congreso Español de Sociología

Crisis and change, the our of sociology? Opening Lecture of the XI Spanish Sociological Conference

MARINA SUBIRATS
UAB
marina.subirats@gmail.com

Queridos colegas, amigas y amigos. Me cabe el honor de dirigirme a vosotros en el momento inicial de nuestro congreso, un congreso presidido por el título “Crisis y cambio” y que, por muchas razones, de orden epistemológico y sociológico, pero, sobre todo, de orden social, se nos presenta como un congreso especial. En sociología hablamos a menudo de crisis, y apenas comencé a conocer esta disciplina ya tuve que enfrentarme a textos de nuestros predecesores que hablaban de crisis de la sociología. Por no hablar, claro está, de todas las crisis sociales que hemos proclamado y sobre las que hemos especulado a placer. Pues bien, tanto proclamar que viene el lobo, esta vez el lobo ha llegado hasta nosotros. Y no un lobo pequeño, sino un gran lobo. Así que creo que este congreso llega en el momento oportuno y que no deberíamos vivirlo como un congreso más, sino como la ocasión para plantearnos colectivamente el reto que tenemos por delante a la vez como ciudadanos y ciudadanas de esta sociedad y como profesionales de una disciplina que tiene precisamente como objeto de trabajo el análisis de las sociedades, de sus avances y retrocesos, de sus crisis y oportunidades.

Es por esta razón, por la excepcionalidad del momento presente, por lo que vivo tengo el honor de hablaros en primer lugar como una responsabilidad personal, y al mismo tiempo que agradezco a la FES y a su presidenta el que hayan pensado en mí para estas palabras introductorias, siento que me enfrento a una tarea que me sobrepasa: la de tratar de apuntar las vías por las que debería discurrir nuestro quehacer colectivo para contribuir a sacar a nuestro país de la crisis profunda en que se halla inmerso, y a señalar los actores y los instrumentos que pueden ser fundamentales en tal quehacer. Diagnóstico de la situación, mecanismos para superarla: he aquí lo que me parece urgente. Y ello requiere, por supuesto, de una actitud, que en otros momentos podría parecer ingenua e incluso ilusa, pero que hoy me parece enteramente necesaria: una actitud de compromiso con nuestra sociedad y sus problemas, de esfuerzo colectivo por aportar soluciones, de esperanza en la capacidad de la propia humanidad para superar situaciones que a priori pueden parecer imposibles.

¿ES LA HORA DE LA SOCIOLOGÍA?

Me pregunto si es la hora de la sociología, ¿por qué razón? Durante los últimos años, la economía ha sido la ciencia social dominante. Una economía hecha a la medida de los intereses de determinados grupos sociales, convertida en catecismo neoliberal para ello, y que ha desplazado y silenciado en gran parte a las otras ciencias sociales, o por lo menos a las que no tenían su orientación. Aunque es justo señalar que también ha habido grandes economistas que han analizado y combatido la crisis actual y el tipo de sociedades que la han provocado: Amartya Sen, Stiglitz o Krugman, por ejemplo, están, en mi opinión, entre los más lúcidos analistas de la realidad actual. Pero de un modo general, hoy asistimos al fracaso de esta economía que, cantando las excelencias de un modelo no solo económico sino también social, ha justificado y acompañado unas acciones que nos conducían al desastre, aunque en los medios de comunicación siga exhibiéndose a menudo como “la gran verdad”. Es urgente, indispensable diría, hacer prevalecer otra mirada sobre la sociedad, otro discurso, otro punto de vista, otro ángulo de aproximación. Y no lo digo por corporativismo sociológico: creo que el momento no se presta a las luchas corporativas. Pero si consideramos que la sociología puede aportar elementos importantes a un cambio social que se nos plantea hoy como más necesario que nunca, es el momento de demostrarlo. Y creo que las líneas principales de la sociología, desde su inicio mismo, nos permiten pensar que se trata de una disciplina que difícilmente llega a ponerse al servicio del poder, precisamente por su vocación profunda de desvelar realidades sociales que en general los poderosos prefieren que queden ocultas. Ha sido habitualmente una disciplina incómoda, de ahí muchas de sus dificultades. También, evidentemente, buena parte de su atractivo.

Así que por supuesto he elegido el tema de la crisis y el cambio, y el posible papel de la sociología en esta etapa, para dirigirme a vosotros y vosotras en esta sesión inaugural del congreso. Ahora bien...

DEL TRABAJO DE LAS MUJERES EN SOCIOLOGÍA

Si estuviéramos en tiempos normales, os habría hablado de otro tema sobre el que merece la pena detenerse en un congreso: la llegada de las mujeres al trabajo sociológico, el cómo se ha hecho, qué han aportado, dónde estamos. No será este el tema que voy a desarrollar, pero sí referirme brevemente a él, porque no me parece justo que siempre las referencias al trabajo de las mujeres sean pospuestas por la urgencia de otros temas. Es sabido que las situaciones críticas nos devuelven a la sombra, al silencio. Pues bien, en este caso se tratará de una sombra y un silencio relativos, porque voy a dedicarle mis primeras palabras, aunque sea de modo muy sintético.

Este tema, como socióloga, me parece interesante. ¿Cómo se ha hecho la incorporación de las mujeres al trabajo sociológico? ¿Qué hemos aportado? ¿Qué dificultades hemos tenido? María Ángeles Durán, que fue la persona que impartió la conferencia inaugural en el X Congreso de la FES, hace tres años, hizo un balance de la evolución del contexto social español y de la propia sociología en esta etapa, y, en relación a la presencia de las mujeres, habló de plena incorporación, patente incluso en el hecho de que ella fuera la que abría el

congreso. Y, efectivamente, desde muchos puntos de vista creo que podemos pensar que en sociología la presencia de mujeres como profesionales está normalizada. ¿Totalmente? No lo creo. A mi modo de ver faltan todavía elementos importantes para lo que sería una presencia totalmente normalizada de las mujeres como profesionales de la sociología. En efecto, en este proceso de incorporación, creo que podemos distinguir por lo menos tres fases.

1. La incorporación de las mujeres como profesionales de la sociología. La normalización tardía de los estudios de sociología en España, como consecuencia de las prohibiciones de las que fue objeto durante el franquismo, ha implicado que su desarrollo como profesión se haya producido en una etapa en la que las mujeres estaban ya entrando como profesionales en múltiples profesiones. De modo que el desarrollo de la sociología como profesión y como estudio universitario ya no se hizo sobre la base de una población enteramente masculina, sino mixta casi desde sus comienzos. Ello ha facilitado, indudablemente, la admisión de las mujeres como sociólogas, tanto en la profesión como en la sociedad. Sin embargo, la normalización no es aún total: los hombres siguen ocupando en mayor proporción las cátedras de sociología, dirigiendo los equipos de investigación mayores, siendo más conocidos en la sociedad que las mujeres, recibiendo más premios que nosotras. Ejerciendo, por lo tanto, una mayor influencia, que a priori no es posible atribuir a la mayor calidad de sus trabajos, sino al lastre del androcentrismo en la sociedad y en la cultura española. Es decir, queda todavía un déficit democrático en la profesión en relación con la desaparición de la desigualdad por razón de sexo, aunque probablemente, en comparación con otras profesiones de más largo recorrido histórico, las desigualdades son en nuestra profesión menores por razones de su propia juventud.
2. Ahora bien, la incorporación de las mujeres como profesionales no agota los efectos de cambio que se producen en una profesión. En muchas de ellas, aunque con ritmos bien diferenciados, la incorporación de las mujeres supone también, a partir de un determinado umbral de presencia, la modificación de algunos puntos de vista e incluso de algunas prácticas profesionales. En el caso de la sociología ello se ha producido con cierta rapidez: recuerdo aún mi aprendizaje como socióloga, en el París de los años sesenta, en una etapa en que la matriz teórica de la sociología se hallaba profundamente influida por el funcionalismo norteamericano y, al mismo tiempo, avanzaban el estructuralismo y el marxismo, como formas más críticas de pensamiento sociológico. Pues bien, en la práctica, tanto una tendencia como otra estudiaban la sociedad a través de los hombres en forma casi exclusiva. La investigación empírica, desarrollada fundamentalmente a través de encuestas y cuestionarios, estaba centrada en los hombres: trabajo equivalía a trabajo de mercado y a puestos ocupados mayoritariamente por hombres —la industria aparecía en aquel momento como el sector arquetípico del trabajo humano—; la estructura social se estudiaba en función del puesto de trabajo del cabeza de familia, invariablemente masculino. Y solo en algún análisis sobre la familia aparecía el hecho de que la sociedad estaba compuesta también por mujeres, aunque la referencia a que ellas trabajaran —y en Francia la población activa femenina era ya muy amplia en los sesenta— era una rareza total. Pues bien, este esquema de trabajo ha sido hoy profundamente modificado. No totalmente, desde luego. Todavía entre nosotros quedan investigadores que consideran

que el nivel social de una familia debe medirse por el puesto de trabajo del hombre, y así lo hacen. Que siguen considerando a las mujeres como un apéndice, por así decir, de la sociedad masculina y, por lo tanto, con un interés marginal como objeto de estudio. Pero, en muchos estudios, en las grandes encuestas que han ido normalizándose como instrumentos de conocimiento de las características de la sociedad, se estudia hoy en el capítulo del trabajo el productivo y el reproductivo; se establece el nivel familiar, estrato o clase, de acuerdo con el trabajo de ambos miembros de la pareja cuando esta existe, y del hombre o de la mujer en caso contrario; se analizan los niveles culturales, formas de vida y opiniones de mujeres y de hombres, puesto que ha penetrado ya la idea de que en múltiples dimensiones de la vida unos y otras presentan características distintas, y de ningún modo se puede pretender conocer la sociedad si no están representadas personas de ambos sexos. Un avance que se debe en gran medida a que las sociólogas hemos introducido como elemento indispensable la consideración de la existencia de mujeres en la configuración y el funcionamiento social. De nuevo hay que señalar que esta transformación no se ha completado aún, pero que ha avanzado probablemente con mayor rapidez y rotundidad que en otras disciplinas científicas —estoy pensando en la medicina, por ejemplo, en la que hasta fechas muy recientes el modelo de referencia para la mayoría de los trastornos físicos ha sido casi exclusivamente el masculino.

3. Hay todavía una tercera fase a desarrollar como consecuencia de la incorporación de las mujeres en tanto que sociólogas, que apenas hemos iniciado: la que podríamos considerar como de transversalización del género femenino, por usar un término que se ha utilizado sobre todo en el caso de las políticas públicas a medida que han tenido en cuenta no solo la existencia de mujeres, sino la transformación que tal existencia introduce en todo el campo de acción institucional. Al introducir la presencia de mujeres en los estudios empíricos lo que hacemos es incluirlas en un ámbito anteriormente ya diseñado, y habitualmente correspondiente a los aspectos sociales relevantes desde un punto de vista androcéntrico. Sin embargo, existe un punto de vista ginocéntrico, poco desarrollado, por supuesto, y que necesita de una mayor construcción colectiva, pero que supone un complemento indispensable a la visión androcéntrica de la sociedad. Así, por ejemplo, cuando leemos relatos de historiadores, tal como han sido construidos hasta ahora, vemos, sobre todo, el relato de los conflictos, las guerras, la violencia, los enfrentamientos y los triunfos. Estos hechos han sido los más relevantes en la historia desde el punto de vista masculino, y de acuerdo a ellos se han establecido los periodos, los ciclos, las cronologías. ¿Son los únicos hechos importantes para la humanidad? Por supuesto que no. Desde el punto de vista de las mujeres puede ser más relevante una historia de la evolución de las formas de vida, de los avatares de la demografía o de los avances de la alimentación, la higiene o la medicina. No perder sistemáticamente a los hijos recién nacidos, como ha ocurrido durante milenios, es más importante para la vida de las mujeres que vivir bajo el dominio de los romanos o los árabes; poder controlar la propia fecundidad ha sido más decisivo que pasar del capitalismo industrial al capitalismo financiero. Y ha sido relevante no solo para la vida de las mujeres: también para la de los hombres, en gran medida. Y sin embargo, estos hechos apenas suelen merecer algunos

renglones en la historia, ni siquiera en la “gran” historia, la que se aprende en las escuelas y se transmite de generación en generación.

Pues bien, también en el caso de la sociología esta transformación está por hacer; ello no supone la eliminación de los temas tratados hasta el presente, sino la necesidad de complementarlos con otros aspectos que no han merecido suficiente atención, o de tratarlos desde otro punto de vista. La sociología que hoy se practica en España está aún inmersa en un tipo de valores basado en el androcentrismo y sus prioridades. El criterio de bondad de una u otra política, de una u otra acción, es su viabilidad económica; pero algunos ámbitos son intocables y escapan a tal criterio. No se discute la necesidad de que exista un ejército, por ejemplo, cuando en cambio se discute —y se suprime con gran facilidad— hasta el último céntimo destinado al cuidado de las personas dependientes. ¿Para cuándo una sociología capaz de analizar las prioridades de cada sociedad y de ponerlas en tela de juicio cuando no corresponden al respeto de la vida y de los derechos humanos? ¿Para cuándo una sociología que ponga el énfasis en la importancia del compartir y no del competir, como entramado fundamental de la convivencia? Me diréis que este cambio de valores no corresponde por entero a las sociólogas, y estoy de acuerdo. También a los sociólogos. Pero por muchas razones, sobre las que no voy a extenderme aquí —me he comprometido a hablar de otro tema— creo que es más probable que sean las sociólogas, o algunas de ellas, las que puedan introducir estos cambios y pensar las sociedades de otra manera. Espero, que, en efecto, sean capaces de llevar a cabo esta transversalización, de modo tal que los puntos focales de nuestra disciplina vayan transformándose para dar paso a una visión mucho más amplia de las propias sociedades, de su entramado y de su funcionamiento.

APRENDER A PENSAR A ESCALA MUNDIAL

Pero dado que no estamos en tiempos normales, volvamos a la crisis, sus amenazas y sus causas, y dejemos para tiempos más felices los proyectos de ampliación y reformulación de la sociología en función de nuevos puntos de vista sobre los intereses de las sociedades.

Si estuviéramos en tiempos normales, podríamos partir, para hablar de la sociedad española, de la síntesis que hizo María Ángeles Durán hace tres años en el inicio del X Congreso de Sociología, y ello nos permitiría examinar los cambios acontecidos, los avances y debilidades que habrían podido manifestarse en el tiempo transcurrido desde entonces. Las evoluciones que se han producido en estos tres años muestran, a mi modo de ver, que la crisis aún no ha tocado fondo y va a proseguir, que estamos yendo hacia una nueva forma de organización social que aún no se vislumbra y aparece confusamente en el horizonte y que, por tanto, aunque hay elementos de nuestro discurso que deben mantenerse, otros deben cambiar en profundidad. A mi modo de ver hay tres elementos de ruptura con los marcos de referencia en los que nos hemos movido durante años:

1. Un cambio de tendencia respecto del progreso de la sociedad española: el progreso de la sociedad española en los 30 años que van de 1978 a 2008, aproximadamente, y que, en

algunos aspectos, como los económicos, se inició ya antes, en los años sesenta y setenta, está experimentando un cambio de tendencia. A partir de la implantación de la democracia se produjo una serie de mejoras que cambiaron profundamente las condiciones de vida en España: mejora en la distribución de la renta, con aumento de la parte correspondiente a los deciles y quintiles más bajos; mejora en el desarrollo del Estado de bienestar, anteriormente casi inexistente, con acceso de toda la población a una educación y una sanidad gratuitas; extraordinario aumento de los niveles educativos; y, algo que a mi modo de ver es extremadamente importante, porque resume las tendencias globales de una sociedad, un aumento ininterrumpido, desde 1941, de la esperanza de vida de la población.

Este proceso de mejora que tantos de nosotros hemos ido analizando durante estos años, sufre una quiebra a partir de 2007-2008, aproximadamente. Una quiebra que hoy vemos a partir de múltiples indicadores, que no voy a repetir aquí, porque son de todos conocidos. Hay uno, sin embargo, que me parece extraordinariamente significativo: el ligero descenso en la esperanza de vida que se observa ya desde 2010, aunque todavía hay noticias contradictorias sobre los datos, al tiempo que ha aumentado el número de muertes y ha descendido el de nacimientos. Datos, especialmente en el caso de la esperanza de vida, que nos hablan del aumento de las dificultades para vivir en nuestro país, después de un largo periodo en el que las condiciones habían ido mejorando y dilatando la existencia de las personas, en algunos momentos de forma espectacular. De modo que entramos en una etapa en la que, a diferencia de la anterior, cabe esperar contracciones en un conjunto de parámetros básicos: no solo en el empleo y en la riqueza, sino también en todo tipo de servicios, acceso a la sanidad, a la educación, a la cultura, etc., y, por lo tanto, intensificación de los conflictos sociales. Un tiempo en que nos alejamos de los consensos tan difícilmente logrados y entramos en una etapa de fragmentación, diversificación de orientaciones, enfrentamientos y tendencias centrífugas.

2. Un cambio en los equilibrios de fuerzas entre grupos sociales. Tanto en la mayoría de las sociedades europeas que se configuran al final de la Segunda Guerra Mundial como en la sociedad española a partir de la transición podemos detectar cierto nivel de equilibrio, por supuesto no exento de tensiones, entre las clases sociales. En España, el poder de la clase dominante se vio hasta cierto punto limitado por la acción de partidos y sindicatos que representaban a la clase media y a la clase trabajadora; se produce un aumento de la clase media sobre todo por el crecimiento de una nueva clase media profesional, que en el caso de Barcelona, por ejemplo, que he estudiado durante años, alcanza a mediados de la década pasada aproximadamente el 30% de la población¹. Estos equilibrios, siempre relativos y precarios, explican el desarrollo del Estado de bienestar en Europa, con diversos ritmos temporales y características, pero con unos modelos similares, implementados básicamente por la socialdemocracia. Pues bien, esta tendencia hacia una sociedad más igualitaria comienza a experimentar una contratendencia en muchos países del mundo a partir de la década de los ochenta; no en España, que entraba en aquellos momentos en un cambio democrático, y por lo tanto a desarrollar las tendencias de progreso que en nuestro entorno se habían instalado

¹ He desarrollado ampliamente este análisis en Subirats, M. (2012), *Barcelona: de la necesidad a la libertad. Las clases sociales en el umbral del siglo XXI*, Barcelona, UOC.

anteriormente. Pero se trataba solo de una tregua: ideológicamente algunas de estas tendencias penetran ya en España desde los años noventa, preparando el terreno para un cambio de mentalidad; económica y políticamente la vemos instalarse con gran rapidez a partir de 2008, fundamentalmente. Un cambio de tendencia que consiste en un extraordinario desequilibrio en la relación de fuerzas entre clases sociales, al mismo tiempo que cambian su composición, sus formas de acción y su delimitación territorial.

Este desequilibrio de fuerzas entre clases sociales crea en España y fuera de ella expectativas tremendamente amenazadoras. De momento, en nuestro país, está destruyendo en muy pocos años gran parte de los logros alcanzados a partir de la democracia: el empleo, las mejoras económicas, la cohesión social, el funcionamiento de los servicios, las expectativas de futuro, etc. Todos somos conscientes de ello. Y es también evidente que tal situación no se produce por la dinámica interna del país, exclusivamente, aunque tal dinámica contribuya a empeorarla.

3. Un cambio de escala espacial en lo que podemos considerar como la unidad de acción de la sociedad. Esta ha sido una cuestión que siempre me ha interesado: ¿cuáles son los límites espaciales de una sociedad? ¿Cuál es la unidad que contiene el máximo de elementos explicativos de lo que ocurre en su interior, de su evolución, de su estructura, etc.? Por supuesto estos límites han variado en el tiempo, han ido ensanchándose y durante bastantes años hemos actuado en sociología a partir de la convención de que lo que daba unidad a una sociedad era el Estado, dado que al menos un conjunto importante de normas y decisiones se producían en este ámbito espacial. Cosa que no impedía que hiciéramos estudios de unidades más limitadas, una zona, una ciudad, un pueblo, un barrio, algo que requería de todos modos un marco previo, dado que estaba claro que estas unidades menores no poseían todas las claves que podían explicar su situación.

Pues bien, para pensar la unidad de una sociedad ya no podemos utilizar de un modo mecánico la idea de un Estado. No, por lo menos, en lo que se refiere a España. La sociedad española, como todas, va perdiendo grados de autonomía, por una parte por la pertenencia a la Unión Europea, pero por otra, y más importante, porque está inmersa en el proceso general de globalización. Las decisiones que se toman a nivel económico o político, por ejemplo, ya no corresponden por completo a la potencia de los diversos grupos sociales presentes en España o al juego de fuerzas que se establece entre ellos, sino que, de modo creciente, pueden explicarse únicamente teniendo en cuenta hechos que sobrepasan nuestras fronteras, fuerzas que actúan en forma mucho más global. No se trata de una moda, sino de un cambio de escala real de los escenarios en que se mueven las diversas fuerzas sociales. Unas más que otras. Solo si razonamos teniendo en cuenta este cambio podemos entender la crisis actual y tal vez contribuir a hallar algún tipo de soluciones para combatirla.

LA NATURALEZA DEL ACTUAL DESEQUILIBRIO DE FUERZAS: EL SURGIMIENTO DE CLASES SOCIALES GLOBALES

Cambio de tendencia en España, desequilibrio de fuerzas sociales, globalización. Elementos, pues, que pueden servirnos para un cierto diagnóstico sobre el momento actual. Diagnóstico

que, a mi entender, debe alejarse de la mayoría de discursos al uso: ya basta de hablar del mercado como si se tratara de un fenómeno de la naturaleza o de una especie de ley natural que se abate sobre nosotros sin remedio.

Desde cualquier análisis sociológico, es evidente que detrás de los mercados hay actores sociales, personas, grupos. No soy adicta a las teorías conspiratorias, pero sí al análisis de las formas de poder. La primera tarea que tenemos ante nosotros como profesionales de la sociología es la de establecer un diagnóstico claro sobre la naturaleza de la crisis actual y las causas que la han propiciado: por qué aparentemente hemos perdido la capacidad de control, por qué las instituciones ya no pueden llevar a cabo el papel de redistribución, limitación y freno de los egoísmos individuales. Por qué parece que no tengamos nada que oponer a la voracidad de los financieros y de quienes han decidido acabar no solo con los gobiernos, sino incluso con la sociedad o con gran parte de la humanidad en beneficio propio.

La globalización es un proceso que no transforma todas las relaciones sociales a la misma velocidad. Se ha producido ya en ciertos aspectos económicos; mucho menos en los políticos y culturales. Los procesos de cambio internos a cada país quedan modificados en función del propio proceso de globalización, que incide de modos diversos según las características de cada territorio. Unos sectores juegan ya a nivel global, otros a nivel local; todos son transformados en el proceso, pero no estrictamente en función de su relación mutua y de su fuerza relativa, sino también de los distintos escenarios en los que se mueven. Saskia Sassen² se ha referido a este doble engarce de forma detallada, y ha nombrado precisamente la complejidad que supone el trabajo de transformación de las sociedades escindidas en esta doble plataforma, que tiende a deformar las posiciones de los actores y complica la correlación de fuerzas. Cuando nos adentramos en análisis empíricos concretos, algunos elementos aparecen claramente: un nuevo sistema de clases sociales se está formando; un sistema que ya no corresponde enteramente a las formas de organización surgidas en cada país, sino a los procesos globales. Que no son tampoco clases similares debidas al momento alcanzado en el desarrollo o la organización de la producción, como podían ser las distintas burguesías nacionales en la etapa industrial. No, se trata de nuevas clases sociales que tienen en sí mismas un carácter global, que responden precisamente a un nuevo escenario de acción, el escenario global, aunque en su interior puedan coexistir intereses contrapuestos y conflictos internos, como ha sucedido siempre dentro de cada clase social³.

Ahora bien, estas clases no suponen de inmediato ni la eliminación de las clases sociales de ámbito nacional, que siguen existiendo, ni el desarrollo de un sistema de clases completo, del tipo de los que se habían construido en la etapa del capitalismo industrial. Por el momento, se trata de un sistema de clases fragmentario, no totalmente desarrollado, que establece relaciones contradictorias con las clases de ámbito nacional. En algunos casos son relaciones

² Aunque no hay todavía estudios exhaustivos sobre la aparición de un sistema de clases globalizado, si existen ya diversos ensayos que van explorando el tema. Entre ellos, por ejemplo, Sassen, S. (2007), *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires, Katz editores.

³ Usar aquí el término de clase social exigiría por mi parte una larga digresión sobre qué entiendo hoy por clase social y por qué razón utilizo este concepto. Me he referido ampliamente a este tema en el libro antes citado, y no es este el lugar para un tema tan amplio.

de cooperación, de asociación, de vasallaje incluso; en otros son relaciones conflictivas, en las que se establece una rivalidad y una lucha por conquistar nuevos espacios por parte de las nuevas clases globales que se están formando o de defensa de sus posiciones por parte de las clases nacionales ya existentes. En cualquier caso, hay un elemento añadido de complejidad en el juego de fuerzas en que se mueve cada nación, puesto que a los elementos internos que determinan su política hay que añadir, en forma de importancia creciente, las fuerzas externas que gravitan sobre las políticas nacionales y que modifican sus datos de partida. No existe, por tanto, un paralelismo total entre cada clase que se forma a nivel global y aquella que podríamos considerar homóloga en los ámbitos nacionales, aunque hay similitudes, ciertamente. Hay incluso intereses comunes. Pero hay también, al mismo tiempo, intereses contrapuestos, y ello complica enormemente la comprensión de los escenarios políticos actuales. De aquí la dificultad creciente por comprender a fondo la naturaleza de los fenómenos políticos y sociales a los que estamos asistiendo y para poder hacer algún tipo de predicción sobre la posible evolución de las sociedades del siglo XXI.

UNA NUEVA CLASE DOMINANTE: LA CLASE CORPORATIVA⁴

La concentración mundial de la riqueza no se produce por un mecanismo natural frente al cual no sea posible actuar. Se produce por el desarrollo de una nueva clase social, la clase corporativa, que va alcanzando la posición de nueva clase dominante y que tiene unas características muy distintas de las anteriores burguesías y concretamente de la burguesía industrial dominante en anteriores etapas del capitalismo.

¿Cuáles son las características de esta burguesía y en qué condiciones ha podido desarrollarse?

Tres características básicas diferencian a esta nueva clase dominante de sus predecesoras: en primer lugar, una característica vinculada al sector de la economía en que tiene su implantación: ya no se trata de una burguesía industrial, vinculada a la producción, sino de una burguesía especuladora, vinculada a los organismos financieros y a las grandes corporaciones. Es decir, no se trata fundamentalmente de capitales invertidos en la producción de bienes o servicios, sino de capitales especulativos desligados de la producción, aunque en determinados casos se inviertan en empresas productivas.

La segunda condición diferenciadora se debe al ámbito espacial de actuación: las burguesías industriales surgieron como clases nacionales, vinculadas al desarrollo de unos Estados que ellas utilizaban tanto para imponer un orden interno como para competir en los mercados internacionales. Su vinculación a un Estado nacional era sumamente importante y de hecho fueron ellas quienes fundamentalmente modelaron las formas de Estado características de la

⁴ El abandono del estudio de las clases sociales ha implicado la pérdida de consenso respecto de la terminología adecuada para designarlas y analizarlas. Utilizo aquí el término “clase corporativa” porque me parece el más adecuado para designar a esta nueva clase dominante de carácter global y porque es el más usado en los análisis norteamericanos, país en el que, en cierto modo, tiene su origen esta clase.

segunda mitad del siglo XIX y del siglo XX: unificaciones territoriales, centralización — más o menos acentuada según los casos y en función de la distribución espacial de la propia burguesía dentro de cada país —, construcción y modernización de los sistemas de comunicación, crecimiento urbano, etc. Es decir, desarrollo de un conjunto de políticas en el ámbito nacional, de sistemas de protección de los intereses nacionales y de competencia entre países a nivel internacional, de modo que aunque su acción se desarrolló fundamentalmente a través de la economía, necesitaban de instrumentos políticos e incluso militares para garantizar su hegemonía, tanto interna como exteriormente.

La clase corporativa, por el contrario, no está vinculada ni a los Estados ni a los territorios nacionales, puesto que actúa en el marco internacional y en forma transnacional. Por el momento, carece de instrumentos políticos propios o por lo menos de instrumentos vinculados a ella orgánicamente; su forma de imponerse es fundamentalmente a través de la economía. De ahí que no se trate ya de conquistas territoriales ni del recurso a la fuerza militar más que en determinados casos, no como base de una dominación territorial. El colonialismo que hemos conocido en el pasado queda atrás, así como la imposición a través del Estado nacional, es decir, la forma política de dominación característica de una determinada etapa. La clase corporativa no cuenta con un aparato político mundial; sin embargo, tiene tendencia a imponerse a los Estados nacionales, porque ha conseguido manejar las reglas de juego económico y financiero a través de algunas instituciones globales o de ámbito regional: el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio (OMC), por ejemplo, entre los primeros, o el Banco Central Europeo y la Unión Europea, entre los segundos. En este aspecto, su dominación reposa fundamentalmente sobre mecanismos económicos y carece de la característica de las burguesías industriales que jugaron un papel importante en el crecimiento de las economías de sus países. Se trata de una clase fantasma, en cierto modo, que habita torres de cristal aparentemente transparentes, pero en realidad terriblemente opacas y que ha empequeñecido la importancia social e incluso la relevancia urbana de cualquier otra institución: iglesias, poderes públicos, parlamentos, palacios, universidades..., todo ello sin mostrar su verdadera naturaleza ni sus conexiones internas, como si los cambios acaecieran por una especie de proceso natural inscrito en el orden de las cosas.

En tercer lugar, la clase corporativa escapa a las definiciones clásicas de la burguesía industrial, basada en la propiedad de los medios de producción y en la obtención de plusvalías a partir del trabajo humano. Los miembros de la clase corporativa acumulan riqueza, por supuesto, pero los mecanismos que les permiten drenar la riqueza producida colectivamente y apropiársela privadamente no son los mismos que utilizó aquella burguesía industrial. No se basa en la propiedad de los medios de producción, sino en la ocupación de cargos gerenciales en las grandes corporaciones, con cambios de entidad cuando es necesario. Se rompe el vínculo entre familia y empresa, de modo que una misma persona puede aparecer en distintos momentos de su vida dirigiendo empresas enfrentadas o corporaciones que operan en sectores de tipo muy diverso. Lo importante ya no es el vínculo de propiedad, sino el acceso a determinados círculos que permiten alcanzar tales puestos: típico mecanismo de cooptación de clase, que no pasa ni siquiera por la posesión inicial de grandes recursos financieros.

Todas estas características — que habría que ampliar y matizar viendo más detalladamente sus diversas modalidades y formas de acción — explican algunas de las consecuencias de

la actuación de esta clase dominante global en fase de constitución: su falta de definición territorial, al carecer de vínculos con la clase trabajadora local o con unos consumidores identificados, la hace totalmente indiferente a la suerte de los diversos territorios, a su posible destrucción, contaminación, a la aniquilación o empobrecimiento de su población, al desarrollo de la violencia, a la destrucción del tejido social, de los recursos colectivos, de las bases culturales. Es, en este sentido y por lo que vamos descubriendo, una clase dominante altamente depredadora, que no solo no contribuye al desarrollo humano, sino que tiende a destruirlo, aportando muy pocas ventajas y muchas desventajas al funcionamiento de las sociedades humanas.

LA FORMACIÓN DE UNA CLASE PROFESIONAL GLOBAL

La clase corporativa no es la única clase globalizada en formación. Otras clases están apareciendo en este proceso de cambio de escenario territorial de la acción humana. Notablemente dos: una nueva clase profesional, por una parte, y una nueva clase trabajadora, por otra.

Hablemos de la nueva clase profesional, todavía incipiente y mucho menos organizada que la clase corporativa. La clase profesional globalizada ha sido designada también por algunos autores como “clase cosmopolita”, dado que algunos de sus rasgos característicos muestran este carácter de cosmopolitismo. Se trata de una clase formada básicamente por profesionales y técnicos de alto nivel, al servicio de las corporaciones, las finanzas y las empresas, sea directamente, sea a través de los medios de comunicación, los servicios técnicos de todo tipo o las universidades. Sus características principales son su elevado nivel educativo y el hecho de moverse con facilidad por el mundo, viajando a menudo, utilizando sobre todo el inglés, moviéndose en determinados círculos de información y contactos. Algunos autores, como por ejemplo Saskia Sassen en el libro citado, consideran como formando parte de una misma clase cosmopolita a profesionales y gestores, que en principio presentan la misma característica de procedencia de determinadas universidades y altos niveles de estudio. Sin embargo, hay profundas diferencias entre ellos: los profesionales están al servicio de los gestores, que tienen mayor capacidad de decisión y un acceso muchísimo mayor a la acumulación de la riqueza. En este sentido, no se trata en absoluto de un dominio de la tecnocracia, sino del uso del conocimiento para el enriquecimiento privado, de modo que la clase profesional cosmopolita es, como ha ocurrido en el pasado en otras estructuras de clase, una servidora a menudo horrorizada y malhumorada por las decisiones de sus dueños, a los que, sin embargo, suele servir fielmente.

Ocurre que, al encontrarse aún en una fase incipiente de desarrollo, el hecho de que se trate de clases globalizadas crea cierta confusión, y por ello se confunden aún los miembros de la clase corporativa con los profesionales a su servicio, que en algunos aspectos participan de sus modos de vida, aunque por supuesto no en todos; sin embargo, en los últimos años, la línea que separa ambas clases va dibujándose de modo cada vez más neto.

¿Quién forma parte de esta clase profesional? En su mayoría, profesionales y técnicos que a partir de la obtención de un título superior acudieron a determinadas grandes universidades prestigiosas y crearon redes de contactos; que, posteriormente, entraron a trabajar al

servicio de alguna corporación transnacional o fueron considerados como expertos de alto nivel. Pero también comienzan a formar parte de esta clase investigadores y universitarios que se mantienen en el mundo académico, pero trabajan vinculados a redes internacionales, más dirigidos a proyectos de tipo global que de tipo local. O los analistas y articulistas que trabajan en los grandes medios de comunicación, etc. Como en el caso de la burguesía, va estableciéndose una diferencia entre las clases profesionales de ámbito nacional y la de carácter global, con apoyos, pero también con conflictos y choques entre ambas. Porque indudablemente el tipo de recursos a los que tiene acceso la clase profesional cosmopolita son mucho más amplios y sustanciosos que los que habitualmente se hallan al alcance de las clases profesionales que actúan en sus ámbitos nacionales⁵.

En el momento actual ya se observa con cierta precisión el tipo de actitudes de la clase profesional cosmopolita; esta es la clase que fundamentalmente sostiene y legitima los aspectos técnicos e ideológicos necesarios a la acción de la clase corporativa. Es la que elabora el discurso ideológico, discute los argumentos, debate en los medios de comunicación, escribe, enseña, ejecuta, investiga. Pero no es la que decide, ni la que acumula importantes niveles de riqueza personal, aunque tenga elevados ingresos, viaje en clase business y disponga de viviendas relativamente lujosas y de todo tipo de comodidades.

UN PROLETARIADO GLOBAL TOTALMENTE DESPROTEGIDO

Hay una tercera clase que vemos también aparecer en el proceso de globalización y que presenta elementos vinculados a este nuevo escenario mundial: una clase trabajadora que tiene características de proletariado, distinta, por tanto de la clase trabajadora que se ha ido formando en los últimos años en el mundo occidental, a la que el estado del bienestar confirió derechos y prestaciones que le permitieron considerarse como perteneciente a la clase media. El proletariado global está formado por personas migrantes procedentes de los países más pobres. No se trata forzosamente de personas de escaso nivel educativo: hay entre ellas titulados superiores o personas procedentes de familias de nivel medio que por azares biográficos se han empobrecido o que intentan mejorar su situación. Su característica principal es la falta de derechos, dado que se encuentran en países extranjeros, en los que a menudo carecen de permisos de residencia y/o trabajo, de contactos, de recursos, etc., teniendo que realizar las tareas peor remuneradas, más inestables e inseguras, en condiciones de clandestinidad o de extrema precariedad e incluso, en algunos casos, en situaciones que se asemejan a la esclavitud, como ocurre con la trata de mujeres o con las condiciones de vida que generan ciertas comunidades de inmigrantes, explotadoras de sus propios compatriotas.

⁵ Así, por ejemplo, en una conferencia internacional organizada por la ISA en Taiwán en el 2009, que reunió a las asociaciones de sociología de bastantes países, se hizo patente la ruptura existente en muchos de ellos entre los profesionales de la sociología que se orientaban a un ámbito nacional o local y los que se orientaban hacia un ámbito internacional. La diferencia en los temas tratados, el modo de tratarlos, los medios económicos de que disponían, las publicaciones, la lengua en que se escriben, los intereses intelectuales, etc., denotaba una fractura que, para muchas de las asociaciones, resultaba ya claramente preocupante.

Este proletariado es una clase global porque no se inserta en ningún país en concreto; su característica es la itinerancia, la falta de especialización, ante la dificultad para hallar condiciones relativamente estables en las que insertarse. La venta de su fuerza de trabajo se hace en las peores condiciones, así como su movilidad territorial, que a menudo le lleva a la muerte. Es un proletariado desprovisto de derechos, cercano a la situación de marginalidad, de la que intenta escapar a través de la migración. En este caso es precisamente el carácter global, exento de cualquier organismo gubernamental de regulación positiva, el que implica una carencia casi total de protección y el que a la vez hace muy difícil cualquier forma de organización propia para la defensa de los derechos. Sin embargo, se está configurando como una clase más dentro del sistema global; su existencia ha sido en parte propiciada y estimulada, dado que permite bajar los costes de producción en toda una serie de ámbitos laborales de baja cualificación.

¿UNA MASA MARGINAL EN CRECIMIENTO?

Por debajo del proletariado globalizado itinerante se está configurando aun otro fenómeno más angustioso: la creación de una masa marginal que ya no puede aspirar a la integración en unos sistemas productivos que en los países ricos parecen haber llegado al límite de su capacidad. En el siglo XX la pobreza era entendida como una consecuencia del subdesarrollo y existía una cierta creencia en la capacidad de eliminarla en la medida en que la modernización de las diversas zonas del mundo permitiera desarrollar mecanismos de creación de riqueza que llegaran a todos los rincones. Ciertamente, algunos autores ya se mostraron escépticos sobre esta posibilidad; el concepto de masa marginal fue utilizado para referirse a situaciones en las que una parte de la población nacional difícilmente podía ser integrada en el sistema productivo. La pobreza y la marginación se cronificaban en estos casos y no aparecían como transitorias sino como sistémicas. Pero este fenómeno parecía más propio de países en desarrollo con un crecimiento aún deficiente de la industria y los servicios que de países desarrollados, aparentemente más capaces de ajustar sus sistemas productivos a las necesidades de la población. Y, sin embargo, hoy son también estos últimos los que parecen incapaces de dar cabida a toda su población activa en los sistemas productivos.

Ha sido paradójicamente algo tan positivo como el desarrollo técnico y la mecanización de muchos de los procesos productivos lo que ha generado una masa marginal, formada por personas que ya no aparecen como necesarias para el funcionamiento de los aparatos productivos ni, en general, de los sistemas sociales. En una sociedad capitalista, centrada en la acumulación de capital, el individuo solo tiene valor en la medida en que contribuye a tal acumulación. De aquí que la aparición y el crecimiento de una masa marginal, sin posibilidad de insertarse en el sistema productivo, plantee la racionalidad del mantenimiento y más aún del crecimiento de una población sin esperanza alguna de salir de la pobreza. Una población marginal que según todos los indicios está creciendo rápidamente y que no solo está formada por pueblos que viven en áreas rurales apartadas de los núcleos productivos, sino que abarca ya a personas que viven en las grandes áreas urbanas de países del primer mundo. Personas en situaciones de paro cronificado, que pierden sus viviendas, sus subsidios, sus

derechos educativos o sanitarios, sus círculos de relación, su mundo, en una palabra, o el que fue su mundo hasta hace poco tiempo. Que mantienen la remota esperanza de que se trate de una situación pasajera porque no pueden concebir verse incluidas en situaciones que parecían exclusivas del tercer mundo. Y que, sin embargo, van a engrosar las filas de esta masa marginal inútil para el sistema capitalista, que cada día las ve en mayor medida como una carga insoportable y les retira los recursos que alguna vez puso a su disposición. ¿Hasta dónde puede llegar a crecer esta masa marginal? ¿Cuántos de nosotros, tal vez más temprano que tarde, pasaremos a formar parte de ella?

NUEVOS ACTORES PARA NUEVOS TIEMPOS

El interés del análisis de clase no radica en la mera descripción morfológica de sus características. Las clases sociales se constituyen siempre como actores sociales. Actores más o menos potentes, más o menos activos y visibles, con proyectos y recursos propios o carentes de ellos, pero incluso en este caso con presencia suficiente para hacer valer sus intereses y objetivos, aunque sea por medio del enfrentamiento, la transgresión y la rebelión.

Las clases sociales globalizadas adquirirán sin duda el protagonismo que necesitan y les corresponde. En este momento, solo algunas de ellas, como la clase corporativa y parcialmente la clase profesional cosmopolita tienen capacidad para actuar globalmente de acuerdo con sus intereses. Las otras clases nacientes no cuentan aún ni con instrumentos políticos ni con instrumentos teóricos para ello. Mucho menos aun con los instrumentos económicos que constituyen hoy el arma fundamental de una guerra de clases que no se presenta siquiera como tal, sino como un paseo militar por parte de una de ellas, la “tercera guerra mundial”, como ha dicho recientemente Emilio Lledó, o “la guerra de clases unilateral”, en la expresión utilizada por Chomsky. Es urgente que los grupos humanos que por el momento van perdiendo la partida se pongan de acuerdo para constituir instrumentos de acción global que les permita recobrar equilibrios perdidos y jugar en el mismo tablero en el que se mueve hoy la clase corporativa. Y que utilicen la solidaridad, por ejemplo a través de las ONGs, que en este momento son prácticamente el único recurso que pueden oponer a la voracidad de la clase corporativa y a la incapacidad de los gobiernos para restablecer la cohesión social.

Tal vez la pregunta más angustiada, en este momento, sea, ¿de dónde pueden surgir los nuevos actores que se enfrenten a la clase corporativa, esta clase fantasma que apenas tiene nombres, ni caras, de la que no sabemos casi nada? Vamos viendo cómo todas las instituciones tan costosamente construidas van siendo rápidamente destruidas: la naturaleza exterior, de modo cada vez más impactante, pero también, e incluso en forma más preocupante, la naturaleza interior, como nos anunció Habermas hace ya por lo menos dos décadas. El conocimiento, el saber, la propia universidad están siendo desmantelados para convertirse en negocios gobernados por intereses anónimos, que los llevan a abandonar su vocación de instrumento del interés general para convertirlos en instrumentos para el enriquecimiento privado.

¿Desde dónde pueden surgir las fuerzas para oponerse a esta destrucción? Es difícil saberlo, y las predicciones hoy son inciertas. Por el momento, no se dibujan aún fuerzas globales capaces de medirse con la clase corporativa. Existen muchas propuestas, discursos, mensajes,

redes, movilizaciones. En general, presentan debilidades: parecen proceder del voluntarismo, o incluso caer en el idealismo. Frente a las estructuras reales de poder que vemos ejercerse con tanta potencia, aparentemente solo parecen oponerse elementos de voluntarismo, no tanto basados en poderes reales sino en el discurso, en la utopía, en la voluntad de resistencia.

Las alternativas difícilmente pueden surgir del nuevo proletariado global o de las masas marginales que van constituyéndose. Estas clases pueden protagonizar revueltas desesperadas, por supuesto, pero difícilmente pueden implementar formas de actuación que lleven a cambios profundos, dado que apenas tienen posibilidades de utilizar los mecanismos de la sociedad para actuar sobre ella. Es más bien de la clase media profesional, que tiende a empobrecerse, y de una clase trabajadora que de momento ni siquiera se reconoce por su nombre, de sus segmentos más jóvenes, que oscilan entre la globalización y la marginalidad, que tal vez cabe esperar la construcción de actores globales potentes, capaces de enfrentarse a una clase corporativa numéricamente muy limitada pero que ha logrado dominar la gran mayoría de mecanismos económicos, jurídicos, comunicativos e incluso políticos.

LAS TAREAS DE LA SOCIOLOGÍA

Frente a este panorama en gran parte desolador la tarea que, como seres humanos, tenemos por delante, es la de construcción de nuevos escenarios y, sobre todo, de nuevos actores que puedan oponerse a esta creciente destrucción de lo que podemos considerar como la naturaleza interna y externa: la que constituye el cúmulo de valores solidarios y de conocimientos sobre las formas de vivir y convivir que la humanidad ha ido creando a lo largo de milenios y la que procura la base de nuestra existencia material. Unos actores que no pueden ya configurarse a partir de gentes que vienen de fuera y nos salvan, como ocurrió en las guerras mundiales en Europa: ya no hay escenarios diferentes, desde los que puedan generarse otros poderes y otras formas de vivir, o por lo menos no son visibles en este momento. Vivimos ya en un solo mundo, aunque haya diferentes grados de participación en la globalización. Tenemos que salvarnos a nosotros mismos, por así decir.

La sociología, en tanto que disciplina conocedora de las formas de acción de la sociedad, de las condiciones en las que surge la agencia, de la naturaleza y características de las fuerzas sociales, puede contribuir ampliamente, desde mi punto de vista, a generar estos nuevos escenarios y estos nuevos actores, a corregir viejos errores en la acción de los movimientos sociales, a detectar los escollos y a señalar las vías posibles. Tal vez estas afirmaciones aparezcan como excesivamente idealistas, demasiado optimistas. Y probablemente lo sean. Pero me parece que más que enjuiciar el valor epistemológico o la filiación teórica de una posición, de lo que se trata ahora es de contribuir a detener el deterioro de nuestra sociedad y a imaginar soluciones que puedan restablecer los equilibrios sociales perdidos.

Para resumir lo que, a mi entender, deberían ser las direcciones en que trabajara la sociología en España en este momento, os propongo seis aspectos básicos:

1. Mantener y reforzar el compromiso con la sociedad y con la necesidad de superar la situación actual. La negativa a aceptar poderes totalitarios, aunque no se presente así formalmente, sean políticos, económicos o ideológicos.

2. Contribuir a hacer más transparentes las características y consecuencias de la actual crisis y, sobre todo, de los actores que la generan y los mecanismos que emplean, frente a los mensajes estereotipados de tantos medios de comunicación.
3. Contribuir al surgimiento de los nuevos actores. Observar los nuevos comportamientos y sus posibles consecuencias. Por el momento parece dibujarse una tendencia a lo que se ha llamado el “comunitarismo defensivo”, que suele ser una tentación típica de los movimientos sociales anticapitalistas, que, sin embargo, difícilmente puede convertirse en una alternativa global a la forma de organización capitalista, dado el tipo de intercambios que existen hoy en el mundo. ¿Hasta dónde el comunitarismo puede ser una solución? Desde la sociología es posible señalar, aunque sea a grandes trazos, las ventajas y desventajas de las propuestas que surgen, de las soluciones que se proponen. ¿Cuáles son las bases sociales de que parten estas propuestas? ¿Qué consecuencias pueden entrañar? ¿Es suficiente la conciencia moral, la defensa de los derechos, el recurso a la dignidad humana, como proponen algunos autores, como Touraine, para forjar nuevos actores sociales capaces de enfrentarse a la clase corporativa y sus aliados? Estos recursos parecen frágiles y, sin embargo, son los únicos que tenemos. ¿Hasta dónde el voluntarismo es suficiente para cambiar las formas de organización de la sociedad? ¿En qué condiciones puede conseguirlo?
4. La cuarta dimensión que habría que abordar es cómo unificar esfuerzos de los nuevos actores, una de las mayores dificultades en este momento. Existe, evidentemente, una amenaza de dispersión: recuerdo un par de ediciones del Foro Social de Portoalegre a las que asistí hace unos diez años: 1.700 talleres simultáneos, muchos de ellos sumamente interesantes: sobre el agua potable, la liberación de las mujeres, la agricultura en África, la adulteración de los alimentos, la energía, los movimientos sociales, etc. La información, las denuncias, el espíritu crítico estaban presentes en todos. Incluso las alternativas. Y, sin embargo, la capacidad de acción colectiva era inexistente. No basta con confiar en el hecho de que hoy tenemos formas de conexión, a través de Internet y las redes sociales, para generar una acción común. Tal vez una acción política puntual, como se ha generado en algún momento, un boicot, la convocatoria de una huelga o una consigna; pero hoy se necesita mucho más que esto, se necesitan actores que actúen conjuntamente a nivel mundial, sobre unas bases de acción comunes. En este aspecto, la sociología puede contribuir a la conciencia de la necesidad de acción global, de cambio de escenario, de formulación de soluciones concretas de carácter parcial para ir construyendo nuevos actores sociales.
5. La quinta dimensión en que entiendo que habría que trabajar es en la configuración de nuevos escenarios sociales. Sé hasta qué punto este tipo de tarea divide a los profesionales de la sociología: hay quien prefiere hacer los diagnósticos, y ello es muy característico de nuestro gremio, y hay quien prefiere investigar sobre los remedios, por así decir y utilizando el símil del cuerpo social. Y ello, en el caso de la sociología, presenta muchos riesgos y no es muy apreciado: la propia debilidad teórica aún presente en la disciplina hace que tengamos mucha reticencia a la hora de elaborar soluciones, y habitualmente preferimos dejar tal tarea en manos de los políticos —para después criticar sus soluciones, por supuesto, explicando qué es lo que habría que haber hecho.

Sin embargo, a mi modo de ver tenemos más elementos que otros profesionales para indicar vías de transformación, posibles conflictos, posibles alianzas, etc. El saber que hemos podido acumular no es un saber individual, para uso privado, sino que tiene sentido en la medida en que lo ponemos a disposición de la propia sociedad, no únicamente de las instituciones capaces de comprarlo. Es cierto que la sociología tiene aún enormes debilidades teóricas, en gran parte debidas a las manipulaciones que ha experimentado por parte de los totalitarismos y de los usos partidarios a que se ha visto sometida. Pero del mismo modo que hoy nadie confía en que una enfermedad se cure a partir de la intuición de la persona enferma, resulta un tanto absurdo que a estas alturas esperemos que sea la propia población, o la sociedad civil, por decirlo en los términos al uso, quien sea capaz de generar soluciones a problemas muy graves. Desde la sociología debiera ser posible aportar modelos sociales; otra cosa es quién debe implementarlas, y en este aspecto evidentemente los profesionales de la sociología no somos más que ciudadanos y ciudadanas como los demás.

6. Finalmente, existe una sexta dimensión que tampoco deberíamos despreciar, y es el trabajo interno de la sociología, su construcción como disciplina científica más articulada y potente de lo que es en la actualidad. Las debilidades teóricas y metodológicas de la sociología, su dependencia de modas intelectuales a menudo procedentes de otras disciplinas o de corrientes de pensamiento generadas en otros ámbitos no han hecho sino retrasar esta construcción, que acusa también una forma de trabajo un tanto dispersa de los investigadores en nuestro campo. Y, sin embargo, todo nos indica que en el tipo de sociedades en el que vivimos y que vamos viendo surgir en los últimos años, en el marco mismo de una globalización en la que las interconexiones entre hechos muy diversos aumentan, la sociología es una disciplina cada día más necesaria para entender el proceso mismo que siguen estas sociedades, las consecuencias que generan, los errores y fracasos a los que pueden verse abocadas. De modo que el trabajo teórico y metodológico, la crítica constante sobre el sociologismo de salón o de medios de comunicación y sobre los elementos ideológicos propios y ajenos que pesan sobre nuestra disciplina me parecen extraordinariamente importantes para llegar a conseguir la construcción de una ciencia que efectivamente pueda contribuir a la mejora de la sociedad, especialmente en situaciones como la actual.

Muchas gracias por vuestra atención. Espero que este congreso sea fructífero y nos ayude a avanzar en algunas de las dimensiones que os he propuesto o en otras que se propongan aquí. Y, sobre todo, que nos encontremos en esta tarea de contribuir a una mejor etapa en nuestro país, una etapa de consolidación democrática y de disminución de las desigualdades.

¡Feliz congreso!

Marina Subirats es catedrática emérita de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha escrito diversos libros y artículos sobre educación, género y estructura social, el último de los cuales es *Barcelona, de la necesidad a la libertad. Las clases sociales en los albores del siglo XXI*.